

Pepenadores

Javier Pérez Barnés
Estudiante de la carrera de
Ingeniería Química

Xavier Hollefil era pepenador. La oleada ultra modernista altamente tecnificada le arrojó a las últimas moradas de los humanos más humildes. Todos los días recorría patios de reciclaje en pleno siglo XXII, donde los desperdicios se amontonaban antes de seguir su peculiar camino de aprovechamiento o incineración. No era un pepenador general, se había especializado. Como buen solitario en plena sexta década de su traqueteado vivir, sentía verdadera filia por los Holomnios. Pero, sobre ellos, por las Holomnias.

Aquel preciso día, Xavier se levantó con una de esas premoniciones matizadas con certidumbre. Pocas veces, como entonces, sintió que su vida cambiaría..., algo estaba a punto de acontecer. Ya urgaba en el quinto patio, cuando entre fundas traslúcidas, mecanismos medio quemados y extremidades maltrechas, sorprendió un ligero movimiento. Se trataba de una bellísima Holomnia a la que Xavier, nada huérfano de cultura, bautizó "Ave". Sin duda, todo en recuerdo y homenaje a una antigua mitología, en que figura un ave inmortal resurgiendo de sus propias cenizas. Una amplia sonrisa iluminó su rostro mientras, con exquisitez de orfebre, cargaba en brazos a "su Ave". Ésta movía aún partes de su cuerpo, lo que significaba que le quedaba programa imantogravitacional.

Seguro que Xavier no alcanzaba a entender completamente lo que eran los Holomnios, pero en este siglo XXII se produce la gran mutante e hibridación entre robots y hologramas. Surge así, con imagen, sonido, olor, visión, un todo autónomo. Al programarse, se constituyen en humanoides inquietantes. Empero, como casi todo lo que empieza, asiste a su final. Entonces, la gente los tira.

Ave de alguna manera incomprensible recogió y ¡realmacenó! los efluvios energéticos que aún emanaban de otros humanoides descartados. Lo que hubiera podido reorganizar en sus entrañas físico-químicas se antojaba francamente difícil de cal-

cular. ¡Pero volvamos a nuestros protagonistas!

Diríase una musa, —mi musa salvada, pensaba Xavier. Y con ella en brazos llegó a su covacha, un modesto apartamentito, donado por el gobierno durante su última campaña "de conmiseración por los desvalidos". Sí, recordaba en Mesoburg, pueblo de medianas dimensiones en que radicaba, cómo en alguna temporada juvenil intentó triunfar como poeta. Como juglar perenne... Xavier lo reintentaría ahora.

En fin, depositó, con sumo cuidado a su Ave en el lecho. Tornóse hacia ella en el cálido nido que recibía a su musa. Durante un par de meses, Xavier se concentró en vivificar a su amada.

En efecto, mientras convalecía, apenas variando su postura y sin hablar una palabra, su raptor fijaba por siempre sus aromas, su perfecto perfil, su cuerpo impecable, esos trigales que enmarcaban un rostro tentador. Días después, nuestro pepenador se puso a escribir poemas. A ellos debían pertenecer estas cuantas líneas garabateadas a la vieja usanza.

Sí...

Que te añoro, te procuro, es evidente
Reptaba, que no vivía, aguardándote
Tu simplísimo estar a mi vera
¡Devuelve temple a este juglar, amada!
De polvo estelar, breve paréntesis
instantáneo

Muto, Ave querida, a polvo
enamorado!

Hasta envió —después se supo— un cuadernillo de poemas al ministerio: "promotivación interna". Nadie le recordaba tan laborioso, tan apasionado por sus faenas, tan alegre ...¡llegó a silbar mientras recorría sus patios matutinos!

Científicamente, el caso Hollefil plantea no pocas interrogantes. En mi calidad de experto físico-químico aplicado, encuentro abstruso elaborar el informe requerido por las autoridades. Pero concluyamos antes el relato.

Ave emergió de su coma candidez. Pronto se ambientó en su nuevo entorno. Incorporó su nombre y aceptó su apellido. Así es, y se casaron. Siendo una fémina sensible, Ave advirtió a Xavier: cualquier día, por mucha energía que haya reciclado terminaré mi estar siendo.

—Hasta que llegaste, respondió Xavier, no me sentí tan vivo.

Embelesados, enamorados ambos hasta allende lógica, llevan aún una existencia risueña y más deshogada financieramente. El ministerio premió a Xavier y actualmente edita sus obras completas.

Ahora bien, mi dificultosa encomienda sigue vigente. Hasta sé, como eminente científico que soy, que la energía no se pierde...¡pero tampoco se pepena!, y Ave ¿qué rayos hizo? ¿Cómo poner en un informe que el amor resucitó a humano y humanoide? Se reirán de mí... aunque me regocija que tal pareja ponga en predicamento a las leyes termodinámicas. 